



EDITORIAL

Con el fuego del Espíritu

El poder siempre ha tratado de neutralizar el Evangelio. Algo común en la sociedad cuando se agasaja a los testigos con privilegios y rangos, con solemnidades que ensalzan a los hombres y olvidan a Dios. Tentación peligrosa para la vida religiosa, que en sus prácticas cotidianas puede estar respondiendo hoy a lo que la gente espera de ella en el plano del quehacer. Y así nos convertimos en activistas vacíos, sometidos a un ritmo frenético, viviendo en la agitación y confundiendo lo que hacemos con la actividad apostólica. Es posible que con ello estemos desdibujando en nosotros mismos el aliento vivo de seguir creciendo evangélicamente.

Los religiosos y religiosas necesitamos orientarnos hacia Jesucristo, la razón de ser de la propia vida. Y Jesús no es solo regalo divino –hasta puede alimentar liturgismos sinsentido–, sino también medicina de Dios. Acudir a la razón de ser de nuestra vida no significa optar por una renovación como barniz para exteriores. Es la respuesta coherente a lo que somos ante los desafíos que nos presenta la realidad, como palabra de Dios inscrita en ella. Renovar la vida implica desencadenar dinamis-mos creativos, al abrirnos más decididamente a Dios, abriéndonos a quienes hay que servir con pasión misionera. Queremos seguir haciendo de la vida consagrada algo inexplicable sin Dios.

A esto nos convoca el número de los retiros que tienes en tus manos. Día de retiro... invitación a la soledad, la que mejor te permite abrirte al Señor, escucharlo y enfrentar las propias incoherencias. Un día de oración para centrarnos en Jesús. El llama a los suyos primero para una amistad, y luego los responsabiliza con una tarea. A sus amigos les confía su secreto, antes que quehaceres particulares. Estar con él para ser sus testigos. Quienes han sido llamados no están con él solo porque

tienen que ser instruidos y luego enviados a repetir, sino para entrar en comunión de vida y ser testigos. Un día de retiro implica abrirse a la pregunta: ¿Qué tenemos que hacer para obrar según Dios? (Jn 6, 28). Y la respuesta irá en la dirección de renovar el sentido de Dios, que quizá se vaya nublando en nosotros por la contaminación de la falta de fidelidad en el seguimiento de Jesucristo.

Religiosas y religiosos... seres humanos aprendiendo a vivir con el Evangelio como hoja de ruta en peregrinaciones a los lugares de la necesidad y el dolor. El año litúrgico que estamos iniciando nos acompaña con el evangelio de Lucas, cuyos hitos sigue este número de TESTIMONIO para alimentar una fidelidad evangélica, humana, concreta, misericordiosa... El centro de la buena noticia en Lucas es Jesús abarrotado de humanidad y misericordia. Es el Dios con nosotros, como nosotros, como los más pobres de entre nosotros. El evangelio de Lucas nos lleva a respirar a Dios. Nos desafía a que nos dejemos enseñar por el Espíritu en la oración, para asumir la encarnación como lo único que puede transformar nuestra vida. Si logramos humanizarnos, encarnando a Jesús en la propia vida, él nos hará libres para liberar, pacíficos para pacificar, con ánimo para animar, salvados para salvar.

Lucas nos enseña a buscar a Dios donde habita el ser humano buscando humanidad. Nos invita a ser más humanos para reflejar mejor a Dios. Con el evangelio de Lucas como ruta de camino, la vida consagrada siente una llamada apremiante a ser signo de la ternura de Dios y a proponer nuevos íconos para que este signo llegue al pueblo. Una llamada a presentarse hoy como asilo de humanidad, desviviéndose para que otros vivan. De lo contrario, se convierte en refugio anquilosado de nostalgias y falsas seguridades. El nuevo modo de misión consistirá en abrirnos paso donde lo humano se convierta en protagonista, porque el único evangelio que muchos seres humanos van a leer en el barrio es tu propia vida como religioso/a.

Lucas nos lleva a detenernos ante los pequeños detalles y descubrir la belleza que contienen, para ser impacto, marca de Dios, índice que señala a lo alto. De ahí que me atreva a compartir una experiencia sencilla, como la de tantas religiosas y religiosos en el diario vivir, que nos puede alimentar en cuanto experiencia reflexionada.

Visitando a un joven enfermo en el hospital, me di cuenta que estaba en una escuela de humanidad, atendiendo a una lección de valores: la mamá del joven enfermo nos daba una lección de ternura, servicio, entrega serena, amor al hijo que lograba transmitirle por el cordón umbilical de la mirada. Los amigos del joven le mostraban preocupación, generosidad, al traerle lo que le gusta o necesita: un libro, una revista, apuntes de clase, música... El médico, con distintas formas de

animar al enfermo: una broma, una palmadita, un “nos vemos mañana”... El enfermo mismo expresando gratitud, paciencia, sentido del humor... palabras y signos que le están llevando a pensar más en Dios, a valorar la salud y la vida, a estimar más a familiares y amigos... Asumir esos valores en forma de conducta significa convertirlos en virtudes.

Es lo que Jesús nos enseña en los relatos de Lucas: aprender a palpar los benditos beneficios de la cercanía y el encuentro, ante todo en la necesidad y el dolor. Entre los seres humanos solo reconocemos la existencia de aquellos a quienes amamos, y el amor se hace concreto en el encuentro. Es precisamente el silencio fecundo de la oración y el dolor el lugar donde se fragua el encuentro con Dios, que nos envía al encuentro con los hermanos. En las pequeñas elecciones, que logramos hacer lecciones cotidianas, es donde se juega la coherencia de nuestras opciones.

“Sol stat, terra autem movetur”, nos dice Copérnico: El Sol permanece; es la Tierra la que se mueve. Jesucristo, el sol que nace de lo alto, permanece; nosotros, parte de la tierra, nos movemos. El sol ilumina, caldea, da vida... Quien gira alrededor de ese sol recibirá luz, calor, vida...

